

ANTOLOGÍA

GRANITO *y* ARCOIRIS:

VIAJES POR EL
ECUADOR
DE LOS SIGLOS XX y XXI

Editora Gabriela Alemán



el fakir
LIBROS IMPRESOS y DIGITALES

Gabriela Alemán es autora, entre otros, de los libros *Fuga permanente* (2001), *Poso Wells* (2007), *Álbum de familia* (2012), *La muerte silba un blues* (2014) y *Humo* (2017). Integra diversas antologías de cuentos, entre ellas, *Les bonnes nouvelles de l'Amérique latine* (Editions Gallimard, Paris, 2010). En el 2018 la editorial City Lights de San Francisco publicó la traducción de *Poso Wells* al inglés, en el 2022 aparecerá *Family Album*. En el 2006 recibió una beca Guggenheim y en el 2007 fue seleccionada para formar parte del grupo Bogotá39 que reconocía a los 39 escritores menores de 40 años con más proyección a nivel continental. Ganó el Primer Premio de Crónica CIESPAL en el 2014 y quedó finalista, en el 2015, del Premio Gabriel García Márquez de cuento. Tiene un PhD por la Universidad de Tulane en Nueva Orleans y una Maestría por la UASB de Quito. Es una de las fundadoras de la Editorial El Fakir.

Editora



PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN



Granito y arcoíris: viajes por el Ecuador de los siglos XX y XXI
ANTOLOGÍA
©El Fakir 2022
Colección Centauro

Compilación, edición y prólogo: Gabriela Alemán
Corrección: Verónica Mosquera y Pamela Lalama
Traducción: Mary Ellen Fieweger y Mario Alemán
Ilustración y diseño de tapa: Carlos Villarreal Kwasek
Diseño y diagramación: Ernesto Proaño

Parte I:
Primer collage de fotografías: Christoph Baumann, Angela Gómez, Tom Crosby, Carole Lindberg y José Miguel Goldaraz
Segundo collage de fotografías: Kathy Capello, Lukas (uno de los perros de Mary Ellen Fieweger), Matthias Abram, Moritz Thomsen y Moya Foley

Parte II:
Primera imagen: Anna Pavlova
Segunda imagen: Enid Brunova

Imprenta: VM GRÁFICAS
ISBN: 978-9942-7019-0-9

Ediciones El Fakir
Olmedo oe2-73 y Guayaquil, Centro Histórico, Quito
<http://fakirediciones.com/>

Granito y arcoíris: viajes por el Ecuador de los siglos XX y XXI

ANTOLOGÍA

Editora Gabriela Alemán
Traducción Mary Ellen Fieweger y Mario Alemán

el fakir

Tabla de contenido

<i>Prólogo</i> / Gabriela Alemán	VII
I	
<i>Decidimos seguir adelante</i> / Moritz Thomsen	3
<i>Virgen de los Remedios</i> / Mary Ellen Fieweger	15
<i>Diario de un huayrapamushca</i> / Christoph Baumann	39
<i>Encuentros con el Ecuador oficial</i> / Kathy Capello	61
<i>Las múltiples caras del Ecuador</i> / Matthias Abram	99
<i>Visas, fronteras y controles</i> <i>(ignorancia, inocencia y confianza)</i> / Moya Foley	129
<i>Eso es lo que soñé</i> / José Miguel Goldaraz	151
<i>Vivir lo real maravilloso</i> / Carole Lindberg	175
<i>La boda de Alfredo Toaquiza</i> / Tom Crosby	197
<i>Culantro y clases de tenis: meditaciones de una canadiense sobre su vida en el Ecuador rural</i> / Angela Gómez	215

II

<i>En la estela del cisne</i> / André Olivéroff	249
La Danse d'Anitra / Medardo Ángel Silva	275
<i>Suturando el título: Guayaquil, Anna Pavlova y Medardo Ángel Silva en «Danse d'Anitra»</i> / Esteban Crespo-Jaramillo	277

Prólogo

I

A mediados de 2015, Matthias Abram me guio al segundo piso de su casa en la calle Junín para enseñarme los libros que guardaba en un estante de su biblioteca. Estaba dedicado a textos sobre Ecuador que encontró en sus búsquedas por librerías de segunda mano en distintas partes del mundo. Los libros eran recuentos de viajes, autobiografías, pasajes de memorias, diarios de científicos, libros con anotaciones antropológicas, etnográficas y literarias sobre el país. La mayor parte era de los siglos XIX y XX; sobre todo, de los años comprendidos entre 1920 y 1950. En el pasado había compartido algunos de esos libros con la editorial Abya-Yala y, traducidos, fueron publicados en su colección Tierra Incógnita. Me propuso que los revisara y, si alguno me interesaba, nos lo cedería para publicarlo en El Fakir. Durante algunos años mi curiosidad se alimentó de su generosidad y leí más de una docena de ellos. Varios me transportaron a la experiencia personal de los autores en estas latitudes y me llevaron a un Ecuador que, intuí, nunca existió, salvo en la mente de los viajeros. Más que descubrir o evocar un momento específico en el tiempo y en el espacio, me trasladaron a los prejuicios del autor. O los de su cultura. En más de una ocasión, cuando los comentaba con Matthias, terminábamos hablando sobre las expectativas y las tensiones entre viajes interiores e itinerarios exteriores. Esas jornadas solían terminar con una olla con agua sobre la estufa para preparar un té mientras él me contaba algún episodio de su vida en Ecuador.

Con el tiempo supe que más que traducir y publicar un libro escrito por alguien que pasó unas pocas semanas o meses en el país,

me interesaba conocer con más detalle las experiencias de Matthias a lo largo del tiempo que le tomó llamar a Ecuador su hogar. En 2018, le propuse que escribiera un texto sobre sus más de cuarenta años en el país; cuando aceptó, comencé a imaginar este libro. La siguiente persona con la que hablé fue Mary Ellen Fieweger quien, aparte de ser una notable traductora, es una gran narradora, humorista y observadora. Un día que estaba de visita en Quito, de paso desde su casa en Íntag, nos tomamos un café y le hablé del proyecto de hacer un libro escrito por personas de otros países que se quedaron a vivir en Ecuador. La idea sería actualizar esa larga tradición de textos de viajeros en el país: Whympers, Humboldt, Bemelmans, más un largo etcétera; lo que equivaldría, también, a quebrar esa tradición. La mayor parte de esos viajeros representaba al «sujeto universal» o «masculino», el punto de vista impuesto desde el siglo XVIII, cuando nació el género autobiográfico, apuntalado por sus nociones de credibilidad y búsqueda de verdad. Los textos serían más cercanos en el tiempo, hablarían sobre distintas regiones del país y el punto de vista se ampliaría. Mary Ellen aceptó escribir uno y reclutar a más autores. Fue ella la que hizo la selección de textos de Kathy Capello, Moya Foley, Carole Lindberg, Angela Gómez y Tom Crosby. Yo le pedí que seleccionara también un pasaje de un libro de Moritz Thomsen.

Moritz llegó a Ecuador en la década del 60 del siglo pasado y nunca se fue. Su libro *Living Poor* ha vendido cerca de medio millón de ejemplares desde que se publicó y es uno de los textos más citados sobre Ecuador en Estados Unidos, donde Moritz sigue siendo un escritor de culto; aunque apenas se lo recuerde en Ecuador. Cuando vivía, varios de los escritores de no-ficción más reconocidos de su país peregrinaron a Esmeraldas y, más adelante, a Guayaquil, a visitarlo, entre ellos, Paul Theroux. Thomsen fue amigo cercano de Mary Ellen y, después de su muerte, ella se convirtió en su albacea literaria. Hasta el momento ninguno de sus libros ha sido traducido al español. El texto

que incluimos en *Granito y arcoíris: viajes por el Ecuador de los siglos XX y XXI* es de su libro póstumo *Bad News from a Black Coast*.

Luego llegó Christoph Baumann, una de las figuras más queridas y reconocidas del teatro y la televisión nacional, con seguidores en todo el mundo gracias a Internet y la plataforma de Enchufe TV. Cuando le hablé del libro también se entusiasmó, llevaba un tiempo planeando un unipersonal sobre sus encuentros y desencuentros con Ecuador y podría desarrollar un texto a partir de las anécdotas que afloraban al preparar su monólogo teatral. Su entusiasmo lo llevó a contactar a José Miguel Goldaraz para que también formara parte del libro. José Miguel prefirió contar —es un gran narrador oral— antes que escribir sobre sus experiencias, así que cuando visitó Quito desde el Coca, nos reunimos por varias horas en la casa de mi mamá y charlamos, comimos hallacas y tomamos vino y coñac mientras nos relataba parte de su vida, sobre todo, la relativa a lo vivido en Ecuador desde su arribo en 1973. Su texto es una transcripción de esa conversación.

II

Los relatos que encontrarán en la primera parte de *Granito y arcoíris: viajes por el Ecuador de los siglos XX y XXI* son textos difíciles de clasificar. Transitan por la crónica de viaje, la memoria, la autobiografía y el ensayo. Todos hablan sobre un sitio: Ecuador. Un sitio que es, también, difícil de clasificar. El marco temporal de los textos va desde fines de los años 60 hasta la primera década del siglo XXI, y el geográfico cruza Esmeraldas, Manabí, Imbabura, Cotopaxi, Pichincha y distintas zonas de la Amazonía ecuatoriana. Las historias que relatan se ubican en un cruce de caminos donde converge la colonización de la «periferia» ecuatoriana, regiones marcadas hasta la actualidad por las deudas adquiridas durante la Guerra de Independencia¹, las costumbres sociales, espirituales y religiosas de distintas zonas del país sumadas a sus prejuicios, la incorporación del Ecuador a la economía global y la

explotación petrolera, entre otras. Mezcladas con la rica experiencia de los diez narradores reunidos en este libro. Hay digresiones, sugerencias y observaciones. La mayoría de los textos favorece una escritura algo más cercana a la arbitrariedad del pensamiento y la ruta fortuita que sigue a través de distintos hitos personales. Todos retratan un mundo complejo, poblado de matices. Un mundo al que no se puede tener acceso solo con Google Maps, ni al teclear unas pocas palabras en un buscador. Porque estos textos van más allá de la descripción de un lugar y de «la verdad» que se puede arrancar de él.

En 1927 Virginia Woolf publicó el ensayo «La nueva biografía»; al inicio del texto, dice lo siguiente:

Si pensamos que la verdad es poseedora de una solidez parecida al granito y que la personalidad consiste de una intangibilidad similar al arcoíris, y si adicionalmente consideramos que el objetivo de la biografía es juntar ambos elementos en uno solo, entonces tendremos que admitir que el problema es enorme; no sorprende, por lo tanto, que los biógrafos no hayan podido solucionarlo.

Esta antología toma prestados los dos elementos que menciona Woolf, el granito y el arcoíris, para su título. Lo hace porque cada uno de los textos presentes en esta colección resuelve el dilema que ella planteó en la segunda década del siglo pasado al tejer esos elementos en las historias que relatan.

El primero, «Decidimos seguir adelante», está fechado en 1966 y fue escrito por Moritz Thomsen. Relata el viaje de Río Verde a Limones y su regreso al punto de partida. El viaje por la provincia de Esmeraldas adquiere connotaciones épicas en las hábiles manos de Thomsen. Limones, de por sí, ya es una ciudad mítica. Fue fundada por el científico ecuatoriano Pedro Vicente Maldonado —colaborador de la Misión Geodésica Francesa que llegó a Ecuador en el siglo XVIII

para determinar el valor de un grado de meridiano terrestre en la proximidad de la línea equinoccial— cuando intentaba construir un camino para unir la ciudad de Quito con el mar. La travesía, junto a su acompañante Ramón, no solo relata lo que presencian sino los efectos de ese desplazamiento sobre el cuerpo del narrador. Es en ese viaje cuando lo llaman *viejo* por primera vez. Moritz lo describe como una epifanía.

«Virgen de los Remedios», de Mary Ellen Fieweger, también narra un viaje. No solo por la geografía del bosque nublado noroccidental ecuatoriano sino por la amistad, la curiosidad, el humor y el pasado reciente del Ecuador. Los eventos del texto ocurren en la década del 80 del siglo pasado y describen las festividades patronales en el pueblo de Los Bancos, en la provincia de Pichincha, y la búsqueda de *El Paraíso*.

En «Diario de un *huayrapamushca*», Christoph Baumann establece un viaje en el tiempo: desde mediados de los años 80 a antier. El recorrido de Christoph abarca su llegada a Ecuador, la introducción a su familia política, la traducción del humor ecuatoriano —tan poblado de dobles sentidos—, su inicial desconexión con la comunidad teatral y el día a día de una persona de dos metros en un país de «*hobbits*».

El texto de Kathy Capello, «Encuentros con el Ecuador oficial», está cruzado por dos tiempos. El primero tiene lugar en los años 70 del siglo pasado y narra su «descubrimiento» de las leyes de tránsito ecuatorianas y el segundo, su desencuentro con el Registro Civil —relatado como una tragicomedia de enredos. En ambos casos, Kathy emerge como la sobreviviente de una batalla con la que todos empatizamos.

«Las múltiples caras del Ecuador», de Matthias Abram, no solo sigue las historias de Matthias por el país, sino que calca la impronta de su habla y de su pensamiento expansivo —interesado por todo lo que ocurría a su alrededor. Seguíamos en proceso de edición del

texto cuando Matthias, repentinamente, falleció y quisimos respetar, en lo posible, la forma del texto que él dejó. «Las múltiples caras del Ecuador» es, también, un testamento a las amistades que formó en sus más de cuarenta años en Ecuador.

«Visas, fronteras y controles (ignorancia, inocencia y confianza)», de Moya Foley, fija su bandera en la provincia de Manabí y describe un mundo tan vivo que los lectores, tanto como Moya, experimentan en sus páginas ese «entorno idílico» poblado de pelicanos, delfines, afluentes y mar. Y donde «los malos humores» también pueden ingresar.

En «Eso es lo que soñé», José Miguel Goldaraz se mueve por el País Vasco español, Filipinas y Ecuador. En términos narrativos describe un arco que va del realismo mágico —José Miguel conoce a un hombre que al morir se convierte en tigre—, pasa por el neorrealismo italiano —en un momento del relato habla de los ataques repentinos hechos en la vía Auca que diseñó al recordar las películas italianas de, entre otros, Roberto Rossellini— y llega al realismo social cuando describe el horror de sus encuentros con el concertaje y el *derecho de pernada* en la Amazonía ecuatoriana.

La autora de «Vivir lo real maravilloso», Carole Lindberg, adopta una táctica distinta a la de los otros textos. Inserta algunas de sus experiencias en Ecuador dentro de la categoría de «lo real maravilloso». Es el texto que más se acerca al ensayo y el que, en mayor grado, intenta establecer una diferencia entre «la lógica» que impera en el mundo de afuera y la que funciona en Ecuador.

«La boda de Alfredo Toaquiza», de Tom Crosby, también narra dos momentos. El primero nos guía por la amistad que nace entre Tom y Julio, un excepcional pintor de la comunidad de Tigua, y su reencuentro décadas después en la misma comunidad. El texto, que señala las inmensas distancias que separan a los protagonistas, pone especial énfasis en llamar la atención sobre todo lo que también les une. Es, de alguna manera, un alegato a favor de la condición humana

y la posibilidad de encuentro y diálogo entre personas de distintas culturas.

Finalmente, «Culantro y clases de tenis: meditaciones de una canadiense sobre su vida en el Ecuador rural», de Angela Gómez, es el más reciente en el tiempo. Angela llegó a Ecuador en la primera década del siglo XXI a la zona de Íntag donde, con el paso de los años, se radicó junto a su marido. Los desencuentros que narra no solo están marcados por el choque entre dos culturas, sino por modos de vida incompatibles con la formación académica y ciudadana de Angela. El mundo rural, en el relato, es infinitamente más misterioso que Ecuador.

El texto de Woolf termina con esta admonición:

No podemos nombrar al biógrafo cuyo arte es lo suficientemente sutil y audaz para presentar esa extraña amalgama de sueño y realidad, ese matrimonio perpetuo de granito y arcoíris.

Los diez autores de estos textos, más allá del género al que pertenezcan, logran establecer que la vida no está solo compuesta de obras y acciones, sino que está sujeta por la personalidad de sus autores. Es ella la que alienta las decisiones que toman en los textos, es ella la que les permite decir: «estuve allí», es ella la que determina la forma en que narran sus vivencias y lo que escogen contar de sus vidas, y que, en todos los casos, entrecruzan con sus memorias. Memorias que, una vez compartidas, nos permiten percibir el mundo de otra manera.

III

La segunda parte del libro recoge una curiosidad y un descubrimiento de particular interés para la historiografía literaria ecuatoriana: el capítulo dedicado a Guayaquil de un libro escrito por un miembro del cuerpo de baile de la rusa Anna Pavlova. La memoria recoge la

experiencia de la compañía en el puerto principal hacia finales de la Primera Guerra Mundial y es el hallazgo de Esteban Crespo-Jaramillo en la biblioteca de la Universidad de Yale. La hemos separado del cuerpo principal del libro porque el texto del bailarín inglés, rebautizado en ruso como André Olivéroff —«En la estela del cisne», tomado del libro *El vuelo del cisne*—, es muy distinto de los textos anteriores. Está cruzado por las marcas de la época en la que fue escrito y por los prejuicios no solo culturales y personales de Olivéroff, sino por el tiempo que permaneció en Guayaquil, apenas unas semanas. Por eso lo acompaña un magnífico ensayo de Crespo-Jaramillo, «Suturando el título: Guayaquil, Anna Pavlova y Medardo Ángel Silva en “*Danse d’Anitra*”», que contextualiza e ilumina el escrito y lo pone en diálogo con el poema de Medardo Ángel Silva, que también reproducimos para refrescar la memoria del lector.

IV

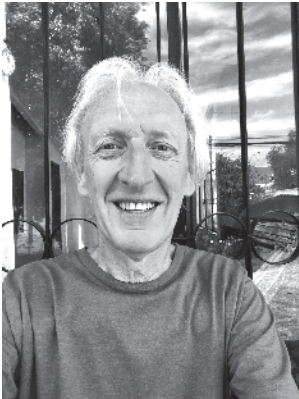
Granito y arcoíris: viajes por el Ecuador de los siglos XX y XXI es una invitación a descubrir y redescubrir un país que se transforma a diario. A veces necesitamos los ojos del otro, del que mira diferente, porque ve diferente, para revelar lo que está frente a nuestros ojos.

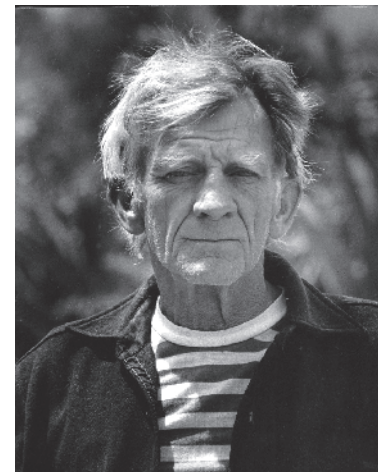
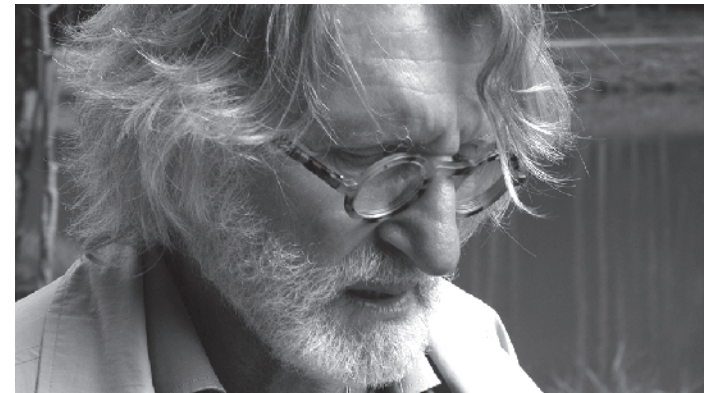
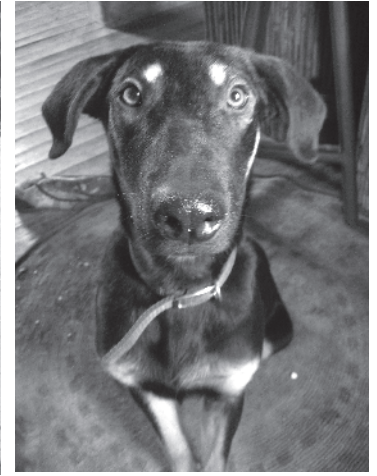
Bienvenidos a este viaje por el tiempo y el espacio.

Gabriela Alemán

NOTA:

¹ A la República del Ecuador le correspondió el pago del 21,5% de la deuda adquirida por Bolívar con la compañía inglesa Goldschmidt para comprar armas, el equivalente a veintidós millones de pesos (de la época). Dado que el Gobierno de entonces no tenía posibilidad de pagarla, negoció el canje de la deuda por tierras consideradas «baldías». Para el convenio Icaza-Pritchett de 1857, se «seleccionaron» las tierras del sur de la Amazonía y Esmeraldas.





MORITZ THOMSEN

(Seattle, Washington, 1914 – Guayaquil, Ecuador, 1991)

Moritz Thomsen llegó a Ecuador a finales de la década de 1960, como uno de los primeros voluntarios del Cuerpo de Paz de los Estados Unidos (EE. UU.). Hijo de una familia acaudalada, piloto bombardero durante la Segunda Guerra Mundial y granjero de vocación, se radicó en el pequeño pueblo pesquero de Río Verde, en la provincia de Esmeraldas, a mediados de los 60. Producto de su intenso y convulsivo trato con los lugareños publicó en 1969 uno de los libros claves del siglo XX: *Living Poor: A Peace Corps Chronicle (Vivir pobre: una crónica del Cuerpo de Paz)*. El libro se ha convertido, con el paso del tiempo, en un clásico de su género de escritura. Le seguirían cuatro más: *The Farm on the River of Emeralds (La finca en el río de Esmeraldas)*, 1978; *The Saddest Pleasure: A Journey on Two Rivers (El placer más triste: un viaje por dos ríos)*, 1990, y los póstumos *My Two Wars (Mis dos guerras)*, 1996, y *Bad News from a Black Coast (Malas noticias desde una Costa negra)*, 2018. Moritz vivió el resto de su vida en Ecuador, país en el que decidió morir.

Decidimos seguir adelante

Moritz Thomsen

I

Limonas, 1966

El nuevo voluntario del Cuerpo de Paz en Limonas duró dos semanas en el pueblo. Al cuarto día, tuvo un sarpullido psicósomático y antes de que terminara la primera semana, había caído en una depresión que le hizo querer suicidarse. Le resultaba cada vez más difícil salir de su habitación y caminar por la calle donde los negros le lanzaban miradas hostiles y tocaban los tambores toda la noche, y donde en los tres o cuatro restaurantes inmundos del pueblo no había nada más que pescado para comer. Un tipo de insecto comenzó a poner huevos bajo su piel; le picaba todo, se rascaba toda la noche. Un día, finalmente, huyó lejos de aquella costa de manglares, llana y anegada, donde llovía casi todos los días, donde una neblina continua se cernía sobre los estuarios, y el mundo entero, desteñido y descolorido, se había vuelto gris. Él era silvicultor, y la USAID le había dado un motor fuera de borda para su trabajo, pero este voluntario no había permanecido el tiempo suficiente para poder utilizarlo. El motor estaba guardado en la bodega de un hotel y el Cuerpo de Paz me indicó que, si lo quería, podía recogerlo y utilizarlo en mi pueblo.

Estábamos en medio de la temporada de sequía y acababan de inaugurar una nueva vía sin pavimentar entre Esmeraldas y La Tola. Cada año, durante los últimos seis años, el Gobierno provincial pagaba a un contratista corrupto para que construyera esta vía, y, cada invierno, la misma desaparecía con las lluvias. La Tola era el último

pueblo en la Costa antes de que la región se tornara una zona de manglares pantanosos, pequeñas islas y miles de canales laberínticos. Vamos, había que apresurarnos antes de que llegaran las lluvias.

Y así, una mañana, junto a Ramón, un pescador del pueblo, me subí a la camioneta que iba al norte todas las semanas. Íbamos a recoger el motor y, tal vez, incluso a comprar una canoa, una de esas grandes y hermosas que los indios cayapas tallaban en un solo tronco de árbol (estaba tratando de crear una cooperativa y necesitábamos una forma de llevar nuestros productos —principalmente huevos— a los mercados provinciales).

A unos cincuenta kilómetros tras salir de Rioverde, explotó una de las llantas de la camioneta. Ocho kilómetros más adelante, luego de dos horas de viaje, se reventó el segundo neumático, nuestro único repuesto, y nos encontramos sin transporte. Ya sea que regresáramos o siguiéramos, nos esperaba una caminata de aproximadamente cincuenta kilómetros.

Decidimos seguir adelante.

Caminamos todo el día y el borde costero se transformó lentamente: de pequeñas colinas cultivadas a pastizales y a las llanuras anegadas del río Cayapas. Habíamos entrado en una zona de enormes haciendas de cuarenta o cincuenta mil hectáreas donde inmensos rebaños de ganado reemplazaban a la gente. Ya no había casas a lo largo de la vía. Nosotros caminamos. El sol se ocultó y una media luna se alzó en medio del mar e iluminó tenuemente el camino, los tocones muertos de los árboles y los kilómetros de pastos amarillentos. En la oscuridad, las vacas —que habían salido del pasto para dormir en el camino— brillaban frente a nosotros y parecían, en un primer momento, extraños fragmentos blancos resplandecientes que le otorgaban cierto grado de peligro a esta región desconocida. Llevábamos horas sin comida ni agua y empezamos a zigzaguear y a tambalearnos. El camino parecía desenrollarse frente a nosotros, una línea recta interminable, pero la luna, a ratos atenuada por las

nubes, irrumpía con su presencia en lugares desconocidos por momentos, a nuestras espaldas, y luego se alejaba para alumbrar las playas que ya no lográbamos divisar, sino escuchar... una serie de pequeñas olas que con su último aliento golpeaban contra la arena más allá del camino cubierto de pasto.

Nos detuvimos a descansar y nos sentamos en medio de la vía, y fumamos el último de nuestros cigarrillos. Por delante, desde una mancha blanca, nos llegó el sonido de eructos, masticaciones, y el olor a hierba, el olor inocente de bostas de vaca.

—¿Por qué no dormimos aquí en la vía junto a las vacas? —pregunté.

—No, de ninguna manera —dijo Ramón—. Esta es una de esas noches en las que los muertos caminan o las luces verdes aparecen y flotan sobre el pasto y permanecen suspendidas sobre el oro enterrado.

—No hables locuras —le dije—. Los muertos no caminan, las luces verdes no flotan entre los árboles. ¿Has visto alguna vez a un hombre muerto en los senderos de la jungla?

—Pero por supuesto —dijo Ramón.

Supuse que habíamos caminado más de treinta kilómetros, ambos estábamos exhaustos. Para mí, era un nuevo tipo de agotamiento que, de forma extraña, agudizaba y exaltaba las percepciones, o, más bien, era como si todo lo superfluo hubiera desaparecido, dejando una esencia irreal y verdadera a la vez, ardiente y resplandeciente. La luna nunca antes había alumbrado con una luz tan «reveladora», el pasto nunca antes había mostrado un brillo tan gélido y plateado. Todo empezó a adquirir cualidades alucinantes; las cosas casi familiares se tornaban poéticas o simbólicas y en el aire flotaban revelaciones semiocultas sobre conceptos fundamentales. Era una noche de promesas, de explicaciones cósmicas. El mar había alzado su voz; la línea de grandes olas que golpeaban la arena se rompía diagonalmente en la orilla; el sonido de cada ola iniciaba a lo lejos, se acercaba con gran estruendo y seguía su camino. Era como una fila interminable de camiones que pasaban de manera apresurada o como la serie de

sonidos en una grabación de Stockhausen, sonidos inquietantes, tan compactos como burbujas metálicas.

Sí, si los muertos caminaran, sería en una noche como esta.

—Jesú Cristo —dijo Ramón—, mira.

Sobre el pasto apareció una luz que oscilaba, desaparecía y flotaba nuevamente sobre los prados. Nos sentamos sin movernos y la observamos congelados con algo que todavía no era del todo miedo. Ramón se puso de pie al acercarse la luz. A unos quince metros de distancia, desapareció abruptamente, y después de uno o dos minutos se escuchó una voz temerosa en medio de la oscuridad:

—¿Señores? ¿Buenas noches?

Entonces, el haz de luz de una linterna alumbró nuestros rostros y un joven se acercó sonriendo.

—Esos cigarrillos brillando en la oscuridad parecían un par de ojos. Estaba seguro de que ustedes eran unos espíritus.

Era un conocido de Ramón que se había subido a la camioneta con nosotros y ahora caminaba hacia La Tola. Caminamos con él durante otras dos o tres horas, la mayor parte del tiempo a través de tierras pantanosas, con el agua alrededor de nuestros tobillos. Nos había invitado a comer y a dormir en su casa.

A la medianoche, más muertos que vivos, atravesamos el pueblo a tropezones. Bajo la luz de la luna, el lugar se redujo a lo esencial: una docena de casas (con techos tejidos y empinados) situadas frente a frente a lo largo de un ancho camino de arena. Cada casa proyectaba una sombra negra idéntica sobre la arena resplandeciente, el camino parecía haber sido rastrillado por un sacerdote zen. La esposa del hombre nos iba a cocinar arroz con huevos, así que nos quedamos en un salón vacío tomando cerveza mientras esperábamos la comida. Me desperté acostado sobre una mesa de billar mirando hacia la oscuridad del techo; un techo de caña, atado alrededor de largas tiras de bambú.

Teñido de un color oscuro como la nicotina o la caoba y tan tupido como un tapiz, el techo tenía un aspecto sumamente hermoso. Flotó unos trescientos metros sobre mi cabeza hasta que desapareció en la noche. ¿Cómo podía, algo tan frágil y liviano, resistir los vientos del océano? Comimos y la mujer desenrolló una estera tejida para que pudiéramos dormir, y yo me acosté de espaldas mientras la luz de la luna comenzaba a inundar la habitación, hipnotizado por la belleza del techo y sintiendo cómo el cansancio era expulsado de mi cuerpo a través de los dedos de los pies. Era como un pesado líquido venenoso que se había acumulado en mis piernas, pero, a diferencia del agotamiento de años anteriores en que el cansancio salía rápidamente luego de una sola noche de descanso, esta vez parecía haber inundado mi cuerpo. Ahora tenía cincuenta años a cuestas y pensé, demasiado cansado para dormir, que esta vez me había exigido demasiado a mí mismo, que había acumulado más cansancio del que me podía liberar de forma inmediata. En cierto sentido, durante las últimas catorce horas, había pasado de la madurez al sórdido umbral grisáceo de la vejez.

A las ocho en punto de la mañana siguiente, habíamos llegado a Limones luego de serpentear durante casi una hora a través de canales sinuosos formados por islas de manglares. Era un mundo de agua, neblina y pájaros. Las aves marinas volaban en círculos sobre nosotros, largas columnas de tijeras, pelícanos y garzas planeaban a baja altura sobre el agua y se alejaban a la distancia. Las garzas blancas, empapadas de sol, brillaban en el cielo. Las casas de bambú construidas sobre altos pilotes a la orilla del agua eran tan pocas que encontrarse con una de estas edificaciones solitarias provocaba un suspiro de dolor; su presencia solo resaltaba la desolación de este mundo que se hundía lentamente en el fango de la creación. Pequeñas canoas, tan delgadas y levemente onduladas como vainitas, flotaban y chocaban entre sí en apretadas filas debajo de las casas, y la gente —Dios mío, ¿qué estamos haciendo aquí?— nos miraba

desde las ventanas, con sus rostros oscuros aclarados por las tinieblas de la habitación.

Fuimos a toda marcha sobre aguas muertas hasta llegar a Limones, un pueblo tan irreal como una escena de teatro. Catfish Row:¹ un muelle, una calle de arena, pequeñas tiendas con frentes enlucidos, algunas palmeras en la parte posterior de la isla en el lado del océano; todo de un color gris plateado, transparente. Las manchas de colores brillantes llamaban la atención y daban al pueblo la importancia que pudiera tener: montones de peces plateados, naranjas de fuego, cocos pelados, papayas, aguacates. Los indios cayapas con faldas de rayas rojas y amarillas paseaban en canoas por el muelle; parecían no tener otra función que la de proporcionar color local a un escenario que era altamente improbable. Esa caminata por la costa el día anterior había agotado mis fuerzas y parecía haber alterado mi visión. Era imposible darle sentido a lo que veía; no había ninguna razón para que existiera este pueblo en medio de esta loca isla miserable, este mundo que pertenecía a las aves.

Ramón y yo tomamos café, comimos pan y queso en una mesa, en la calle; caminamos por el pueblo buscando el hotel donde estaba guardado el motor fuera de borda. Yo estaba desconectado de todo y sentía que me movía dentro de un cuadro primitivo, mal dibujado, y en el que sólo se habían utilizado los colores primarios más chillones contra un fondo gris. Ahora, para hacer todo aún más confuso, desde algún lugar detrás del pueblo, se puso en marcha un motor a diésel y toda la isla comenzó a temblar y a latir. El motor pertenecía al aserradero local; la isla se había construido con los excrementos del aserradero: el aserrín. Me sentí como un insecto caminando sobre un cuenco lleno de gelatina.

Intento recordar y todo se vuelve confuso... Estoy caminando detrás de Ramón, que lleva un motor fuera de borda... Me despierto en un lugar debajo del muelle, donde me he acostado sobre un montón

de ladrillos de adobe para descansar, y veo una larga fila de pelícanos —con sus grandes sacos gulares que les dan un aspecto petulante, casi idiota— que se extiende por todo el horizonte, aleteando laboriosamente sobre el pueblo... Ramón está deambulando y conversando, y ha logrado encontrar una canoa. Viene corriendo con la noticia. Es de tarde, no hay tiempo que perder, el barco a vapor costero que nos llevará de regreso sale al anochecer, tenemos que buscar al dueño de la canoa y conseguir una factura con sello oficial en el despacho del Teniente Político... Con la ayuda de diez hombres logramos subir la canoa a la cubierta superior del vapor, desde donde cuelga sobre el agua, a ambos lados. El sol parece un enorme disco rojo sobre los manglares.

En el océano, el pequeño vapor, con su casco de fondo redondo, se mece y cabecea como una botella en un mar desordenado de corrientes fluviales, vientos y fuertes mareas. Aquí debe ser donde la Corriente de Humboldt del polo sur se encuentra con el Niño de Panamá. El ritmo de las olas del océano, sus interminables líneas de oleajes moviéndose contra el continente como una invasión, sufren un revés y pierden todo sentido de orden. El océano está embriagado, las olas saltan del agua sin razón, como manos desesperadas; el viento blanquea y aplana sus crestas, y el aire está lleno de espuma. Luego de veinte minutos y durante tres horas, me siento sumamente enfermo; me encorvo sobre la popa y vomito. Entre los espasmos de las náuseas, me acurruco en la escotilla de la sala de máquinas, donde las emanaciones gaseosas del diésel me calientan y hacen un nudo en mi estómago.

A altas horas de la noche y nuevamente bajo la luna, en un mar que se ha calmado, el vapor se detiene. Desde el puente de mando, el capitán le grita algo a Ramón; los pasajeros y la tripulación empujan nuestra canoa hacia el agua y nos entregan el motor fuera de borda. A lo lejos, podemos ver las oscuras colinas ecuatorianas sobre la fosforescencia del mar. El vapor inicia su incesante golpeteo y, de repente, nos encontramos solos en el océano.